

Las purgas musicales de la *corrección política*

por Rafael
Ortega
Basagoiti

Hace tiempo que el evangelio del pensamiento único diseñó, en este imperio del eufemismo moderno que vivimos (y que tanto recuerda a aquella expresión ácida de Cela: «El obispo técnico de grado medio, antes párroco»), un curioso y taimado término para disfrazar su intención última de imponer dicho pensamiento mediante lo que no era sino una forma babosa de censura: la corrección política. La corrección política fue ganando terreno, y del pretendido y plausible objetivo del respeto a unas normas elementales de educación devino una mojigatería que el clero más rancio hubiera aplaudido hace décadas. Como todo lo exagerado, la mojigatería estrechó rápidamente la mano de su compañera habitual, la estupidez.

Ciñéndonos a la cosa musical, viene este preámbulo a cuenta de un lamentable hecho ocurrido estos días y que supone –qué cansancio, señor– el enésimo en lo que parece una cadena interminable. La corrección política –que parafraseando nuevamente a Cela sería «antes, censura»– nos ha llevado, sin ser exhaustivos en la relación de despropósitos, por el camino de prohibir en una escuela de música de Nueva York la enseñanza de ciertas obras de Debussy «por contener títulos racistas», de intentar frenar la interpretación del *Ave Verum* de Mozart en un concierto en Lourdes porque suponía «un atentado contra la laicidad oficial de la república», y también, por fortuna sin éxito, de que el texto de *Un ballo in maschera* de Verdi fuera modificado para que una frase pronunciada por uno de los personajes quedara eliminada por su contenido racista.

La demencial invasión de Ucrania por parte del tirano Putin no ha carecido de repercusión en el terreno musical, ni ha escapado, por desgracia, a los tentáculos de la corrección política, siempre bien dispuestos a confundir la velocidad con el tocino y la gimnasia con la magnesia. Primero pagaron los artistas rusos. Algunos, por su manifiesta proximidad a Putin y su apoyo explícito a la invasión (el director Valery Gergiev es el caso más paradigmático). Otros, como Anna Netrebko, por su proximidad al dictador y por un distanciamiento de su conducta invasora que en el sanedrín de la corrección política se consideró insuficiente. La soprano está pudiendo cantar en algunos teatros, pero está definitivamente vetada en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Pero si a muchos les parece discutible esa censura a los artistas, la que ya resulta muy difícil de digerir, para mí desde luego imposible, es la de los compositores. Y el nuevo paso de esta dictadura está encontrando un vergonzante altavoz en más de un político ucraniano (y en algún turiferario acompañante).

El cónsul ucraniano en Milán clamó hace pocas semanas para que se cancelara la inauguración de la temporada en La Scala, prevista con *Boris Godunov* de Músorgski, por considerar que la programación de compositores y artistas rusos suponía una propaganda indirecta al régimen de Putin. El titular de La Scala, Riccardo Chailly, con firme y rotunda elegancia, le vino a decir aquello tan

Si a muchos les parece discutible la censura a los artistas rusos, la que ya resulta mucho más difícil de digerir es la que se aplica a los compositores

socorrido de «verdes las han segado» y, explicando la trama de *Boris*, sugirió al cónsul que, bien al contrario, la interpretación de la ópera en cuestión tenía justamente un sentido crítico frente a determinados abusos de poder, por lo que, de propaganda rusa, nada de nada.

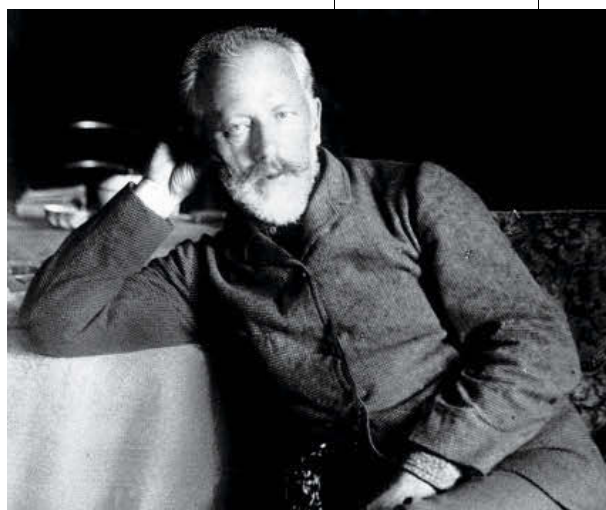
Inasequible al desaliento estúpido, sale ahora un político de mayor rango, nada menos que el ministro de cultura ucraniano, Oleksandr Tkachenko, publicando en *The Guardian* una delirante tribuna en la que pide,

desde el mismo título, que se boicotee la obra de Chaikovski hasta que cese la invasión rusa. Parece ignorar (o elige ignorar, que no se qué es peor) el señor Tkachenko que el pobre Chaikovski no tiene maldita la culpa de las locuras del señor Putin. De hecho, cabe pensar que, teniendo en cuenta el escaso aprecio que el señor Putin tiene por los homosexuales, Chaikovski no lo hubiera pasado bien bajo su mandato, como tampoco lo pasó bien, en ese aspecto, en la rancia

sociedad rusa de su época.

Cabe esperar, por el bien de la música y de la cultura, pero sobre todo por el bien de la inteligencia y el sentido común, que ellos prevalezcan sobre la mojigata y cateta estupidez que presiden estos, nunca mejor dicho, dictados de los pretendidos evangelizadores de lo presuntamente bueno. Ni Chaikovski (ni por supuesto Músorgski, Shostakóvich, Rajmáninov, Prokófiev, tampoco Chéjov, Tólstoi o Dostoievski) tiene la culpa de lo que hace Putin, ni nosotros, que gozamos cada día de su extraordinario talento, tampoco.

Rafael Ortega Basagoiti
es músico y crítico.



CHAIKOVSKI EN SU ÚLTIMO AÑO DE VIDA. GETTY.